

28.º domingo ordinario C

*Si morimos con Cristo Jesús, viviremos con él.
Si somos infieles, él permanece fiel,
porque no puede negarse a sí mismo. (2 Tm 2,11.13)*



Primera lectura

2 Reyes 5,14-17

En aquellos días, Naamán el sirio bajó y se bañó siete veces en el Jordán, como se lo había mandado Eliseo, el hombre de Dios, y su carne quedó limpia de la lepra, como la de un niño. Volvió con su comitiva al hombre de Dios y se le presentó diciendo: – Ahora reconozco que no hay dios en toda la tierra más que el de Israel. Y tú acepta un presente de tu servidor.

Contestó Eliseo: – Juro por Dios, a quien sirvo, que no aceptaré nada. Y aunque le insistía, lo rehusó. Naamán dijo: – Entonces, que entreguen a tu servidor una carga de tierra, que pueda llevar un par de mulas; porque en adelante tu servidor no ofrecerá holocaustos ni sacrificios de comunión a otro dios que no sea el Señor.

Segunda lectura

2 Timoteo 2,8-13

Querido hermano: Haz memoria de Jesucristo el Señor, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David. Este ha sido mi Evangelio, por el que sufro hasta llevar cadenas, como un malhechor. Pero la palabra de Dios no está encadenada. Por eso lo aguanto todo por los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación, lograda por Cristo Jesús, con la gloria eterna.

Es doctrina segura: Si morimos con él, viviremos con él. Si perseveramos, reinaremos con él. Si lo negamos, también él nos negará. Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo.

Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: – Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros.

Al verlos, les dijo: – Id a presentaros a los sacerdotes.

Y mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos, y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Este era un samaritano. Jesús tomó la palabra y dijo: – ¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?

Y le dijo: – Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

Meditación

Lucas, en su preocupación por todos los marginados, ha vuelto a presentar un milagro de leprosos. Precisamente los enfermos se convierten en signo de los hombres que reciben la gracia salvadora de Dios, que les transforma. De malditos oficiales (condenados ya en el tiempo de su vida), han pasado a ser ejemplo de la iglesia. Para entender el valor de este signo tenemos que fijarnos cuatro de las escenas: súplica, milagro, agradecimiento y salvación.

a) El punto de partida está en la súplica. Por sí mismos, los enfermos sólo pueden gritar pidiendo auxilio: ¡Jesús, maestro, ten compasión de nosotros! Su gesto ha condensado el grito de todos los hombres que descubren sus necesidades y llaman a las puertas del misterio en busca de socorro. Los leprosos gritan en concreto por Jesús. Han escuchado el rumor de sus milagros, saben quizá el valor liberador de su doctrina y salen a su encuentro. Tal es el primer rasgo de la escena.

b) Sigue después el milagro. Jesús les manda al sacerdote; les envía al representante de la sociedad para que testifique oficialmente su curación y puedan volver a formar parte del pueblo de Israel y su esperanza. El milagro externo se produce en el camino y precisamente desde entonces los destinos de los hombres que han sido curados empiezan a volverse diferentes. Nueve de ellos aceptan naturalmente el prodigio y siguen su camino al sacerdote, dispuestos a integrarse en la vida humana y religiosa de Israel, su pueblo. En el fondo, la curación no les aporta nada nuevo, porque vuelven a ser lo que antes fueron (israelitas; su encuentro con Jesús ha sido simplemente un episodio superficial y pasajero).

c) Pero hay uno que vuelve a Jesucristo y le agradece el don que ha recibido. Es un samaritano. No tiene donde ir porque su vieja comunidad de salvación ya no le ofrece garantías. Ha encontrado en Jesús algo distinto, decididamente salvador y ha retornado por eso a darle gracias y ponerse a su servicio. Ciertamente, suele ser difícil valorar el don que nos regalan; difícil descubrir a Jesús como el auténtico don (o curación) de Dios para los hombres y aceptarlo internamente agradecidos. Decimos que es difícil y sin embargo es necesario si queremos ser cristianos. Creyente es el hombre que recibiendo el don de Dios, como lo han hecho los leprosos, lo traduce en forma de existencia nueva.

d) Esto nos lleva al plano de la salvación total. El hecho del milagro externo implicaba una cierta salvación; sin embargo, la plenitud definitiva exige una respuesta abierta, agradecida y transformante. Los nueve judíos recibieron la curación externa, pero internamente siguen ligados a los viejos ideales. El samaritano, en cambio, se introduce voluntariamente en el campo del don de Dios que Cristo le ha ofrecido, por eso la verdad del milagro se realiza de una forma plena y total en su persona; vete: tu fe te ha salvado. Lo que había empezado siendo curación física se ha convertido en una "salvación" definitiva.